

I — Un navegante de la calle

Ya de madrugada dejó de llover, pero el viento aún no calmaba su rudo, gélido y húmedo aliento, resoplando y penetrando con fuerza invisible, las débiles y desprotegidas ventanas de la vecindad.

En sus sueños, un joven, sentía como grandes y poderosas olas golpeaban fuertemente su embarcación, único medio posible para transportarse seguro a tierra firme.

El viento huracanado batía el sensible mástil de velas recogidas, haciendo girar a un lado y a otro, el frágil y pequeño bote. Amarró su cuerpo como pudo a los arneses de popa, y con un esfuerzo, más que humano, colocó el timón de madera bajo su axila derecha, y con el otro brazo comenzó a sacar el agua con un pequeño cubo destinado a los desechos, evitando se hundiera la esperanza de vivir unos años más.

Las nubes habían oscurecido todo rastro de luz, y la brisa abrazaba, con su piel fría, escamosa y portátil, su cuerpo casi adolescente; de esa manera, la tempestad mostraba la símil figura de mares antiguos, y la continua padecencia de los primitivos navegantes de la mar bravía.

Empapado y con el torso desnudo, se levantó Pepe Pimba, sacudiéndose la humedad dejada por el sudor de la travesía, y del agua filtrada, caída profusamente a través del techo de zinc manchado por el óxido. Se dirigió hacia la ventana para ver como los afluentes ríos de lluvia todavía arrastraban por las calles, incontables bolsas de desperdicios olvidados en las puertas de las casas. Un poco más allá, en la penumbra de la moribunda noche, pudo distinguir, un extraño bulto adormecido, muy junto, de niños abandonados a su suerte, que en el barrio bautizaron como “pirañas”. Niños que vivían a la intemperie, en cajas desmembradas, y cobijados por sacos plásticos.

En una noche fría y lluviosa, como la acontecida, se unían en grupos y dormían abrazados para contrarrestar, con su calor infante, la crudeza del clima. Durante el día rebuscaban en la basura. Formaban parejas de exploradores para recolectar todo tipo de cosas que pudieran ser útiles, tanto para comer, como para vender a los chatarreros y usureros que arribaban día a día de otras vecindades y pueblos. Nadie daba cuenta de ellos. Eran niños vestidos con un alma dura e impenetrable, cubiertos de abandono y miseria. En realidad, eran libres para luchar, vencer y sobrevivir a la necesidad.

El amanecer ya tocaba la ventana y se escuchaba el cantar inocente y agudo de las aves avisando el nuevo día. Pepe decidió que el baño recibido durante la noche había sido suficiente para él, y para su cama, digna superviviente de huracanes y de las ásperas olas de mares desconocidos. Así que, sin esperar más, tomó ropa usada, aún limpia, y salió al ruedo, como cuando un torero ofrece su vida al toro que le ha tocado lidiar. Salió al barrio donde vive. Donde también existe alguna que otra alma solidaria. Salió a la calle. Donde habita la dama negra del infortunio, o la ansiada suerte de vivir, otorgada por las bandas y mafias armadas; salió en busca de su desayuno diario.

Las calles olían a humedad, a cloacas desbordadas y a miles de cosas. La brisa sonaba distinta, haciendo aletear el zinc de las casas, en una abstracción disímil de notas agudas y discordantes, a la vez que se mantenía fría y tibia al mismo tiempo. Por las salientes de los techos aún se precipitaban gruesas gotas de lluvia, que se mezclaban con los riachuelos formados a los lados de las callejuelas mal encementadas y gastadas por los años.

Pepe Pimba no demostraba su soledad a nadie. Era otro niño abandonado a su suerte. No recordaba mucho de sus padres, ni sabía de hermanos. Pepe Pimba y solo el destino. Lo demás no importaba para él.

— ¡Hola Pimba!, “ayúdame con esto o aquello...” y se ganaba el desayuno, un almuerzo o algo para la noche. Carreteaba cosas, limpiaba solares enmontados, buscaba botellones de agua potable, ayudaba a vender artefactos usados, hacía trueques, empaquetaba artículos en comercios chinos o cuidaba vehículos. Pero nunca hurgaba entre la basura, a menos que existiera alguna feria de hortalizas en su barrio. Entonces aprovechaba y recogía lo que tiraban, rescatando alguna que otra verdura, o que según el caso, alguien le regalara algunas legumbres o frutas.

Ese día en particular, un artesano llamado Rodrigo le dijo: “Pimba, ven todos los días, voy a enseñarte mi oficio. Veo que eres un buen muchacho...” Y Pepe Pimba lo hizo. Acudió con todo el ánimo del mundo a aprender el oficio de artesano. Dos semanas después, cuando Rodrigo observó la enorme habilidad del joven para realizar excelentes trabajos de artesanía, le preguntó: “Pimba. ¿Qué es de tus padres? ¿Vives con tu familia?” Él contestó que no. Que nunca supo de ellos. Que vivía en el cuarto de un edificio, que nunca terminaron de construir.

—Debes sentir una enorme soledad... —dijo Rodrigo preocupado por el joven.

Pero para él, la soledad no existía. Como no existieron nunca sus padres. No entendía como alguien podía sentirse solo, teniendo tanta gente a su alrededor.

En el barrio, donde el sol se multiplicaba en estrellas multicolores que se formaban al rebotar sobre techos metálicos de las casas y ranchos, encandilando e hiriendo los ojos forasteros; en las callejuelas angostas, llenas de escalinatas, veredas, basura y comercios chinos, árabes, portugueses, y de otros casi en quiebra, en parte por policías, guardias y otros cobradores de “vacunas”, y en parte por una economía desfasada e incierta, inflamada de populismo, corrupción y falsa propaganda estatista; en donde la comida y la medicina escaseaban, y el precio de todo lo necesario para subsistir buscaba un planeta donde aterrizar en el espacio sideral. En donde también coexistían, indolores e incoloros, artesanos, mendigos, “bachaqueros”, vendedores ambulantes y no ambulantes; niños, adolescentes y ancianos de la calle, con bandas de antisociales y consumidores de drogas. En donde la moral, la honestidad, la verdad y la ley, eran y son, sólo palabras fantasiosas escritas en algún papel que usaban los políticos para conseguir votos. En donde el tener y el poseer se habían reemplazado por una doctrina “comunal”, socialista o quizás comunista o la mezcla de todas, incluyendo “la doctrina mayor” de un tal “comandante eterno”, confundiendo y ocultando así, un estado militarista y totalitario. En donde, todo lo contrario, a eso, era ser un “despreciable capitalista”, o un “esclavo del imperio”. En donde lo absurdo, de lo más absurdo y lo contrario a verdad, a la democracia y a la libertad del ser humano persistía. En ese mundo nació y creció Pepe.

“Pepe Pimba” lo llamó su abuela —él desconocía su propio nombre—, aquella anciana que lo amó y cuidó de él. Ella, que nunca lo abandonó sin saber a ciencia cierta, si en verdad, era su abuela o alguna extraña mujer.

Pero a Pepe no le importaba. Él la quiso. Amaba y amó a su abuela como a nadie en el mundo. Nunca supo de sus padres, y sus recuerdos se perdieron, sus imágenes, sus rostros, en cada aguacero, en cada día con hambre, en cada momento en que su abuelita acariciaba su cabeza casi rapada y le echaba la bendición, dándole un beso antes de acostarse a dormir. Ella, siempre procuró su desayuno diario antes de ir a la escuela, su ropa limpia, su cuarto en orden. Le enseñó buenos modales y cómo comportarse con las demás personas, aunque siempre mantuvo silencio sobre quiénes eran sus padres.

La tarde llegó rápido, y la oscuridad se hizo prematura. La noche en el barrio ya mostraba estrellas chasqueantes en el cielo, mostrando en el horizonte un espacio negro y decolorado de rojos, naranjas y amarillos. Se aprestaba llegar una nueva fase de lluvias, entonces, una nueva

travesía, una nueva aventura esperaba en su cuarto, donde no existía la soledad en el pequeño bote de Pimba.